BIBLIOTECA MARCEL·LÍ DOMINGO
Recull de premsa local i comarcal

TORTOSA

(EDAD MEDIA)

La galera, pájaro rojo y azul de la mar, ancló junto a la atarazana, muros de piedra recién hechos. Asomada, la armadura de la nave en construcción, tiritando, codiciosa de agua del río.

El forastero desembarcó. El cómitre, desde la borda, en amplio saludo, con su gorro de paño, le ofreció la ciudad.

El alba definía los contornos. La oración matinal estaba en las campanas, en los labios, en los poyos del puerto, en las almenas que cortan el aire y en las ventanas ojivales.

Ante él, Tortosa, apretada por las murallas, rebosando torres, tejados y aleros, animal anfibio y silencioso.

El alguacil de la Curia, adormilado en el Portal de San Blas, la autoridad en su curioso bastón de empuñadura blanca y negra, caña encarnada con hostias amarillas y la contera blanca con alas azules, leyó el pergamino, carta-guía, y le franqueó la entrada.

La ciudad despertaba con bostezo sonoro, que no se apagaría hasta la noche.

Por las puertas del Temple y Vimpeçol, por las callejas enlosadas y angostas, los carros afluían a la plaza del mercado. Las caballerías abrevaban en la fuente de los tres caños. (Se extasiaba el pueblo ante el milagro del agua corriente, manejada a capricho por el hombre.)

Los siervos descargaban verduras, telas, pescado, armas... En el hostal, los amos, mano a mano con la jarra de vino, bebida de cristianos, hablaban del tiempo, de los precios, del Conde... Contaban aventuras de Roger de Lauria.

Sonaban portalones y cancelas con ruido de hierros. El vendedor anunciaba la mercancía con extrañas salmodias. Voces, y vuelta a la vida, resucitada al nuevo día, uno más.

La columnata de la catedral se iniciaba, nervios rotos buscando la cimbra, ábside de techo azul, tronco esperando la rama, herida blanca de piedra de Flix, anhelo recto hacia el cielo.

En el jardín claustro gótico, se esperaba la hora de Misa. A la entrada de la Curia, mantos con alamares, ropones de lana, pieles, sargas negras, terciopelos, casquetes, cotas, alindongada y brillante, la gente se hacía a un lado, respetuosa, nombrando a los prohombres. Llegaban los novios; las damas, con tocas de seda oriental, usando de su privilegio, unos pasos delante de la comitiva de hombres. Del Palau convento, los canónigos agustinos, acompañando al Obispo. Saludos y reverencias, mas reverencias con sonrisas.

Apogeo de la piedra, de la teología y el color.

El forastero paseaba. Fijó su atención en la hermosa matrona, dignidad en su esclavina con hacha de armas carmesí, que se llamó «pasatiempo».

Vió al hebreo, de capa oscura, lisa, redonda y cerrada con capuchón, y a su mujer con aldifara, camino de la judería. Al sarraceno, cabello cortado en redondo, larga barba y sobre el vestido la almeixa o aljuba, sin anillos de oro ni piedra preciosa.

El sirviente del escribano, cargado de pergaminos, orgulloso de sus plumas de colorines, que no sabía manejar.

En el Arco del Romeu recordó al romero que supo defenderse de los moracos.

Admiró casas pairales de Garidell, Pinyol, Proensal. Los escudos de armas, corona murada, de Moncada, Semanat, Pollach y Despuig, frente al castillo.

Los corredores cambiaban moneda en la Lonja; por cada marco de plata cobraban un dinero, y por cada cien libras, cuatro dineros. Plata y oro catalán y castellano en las bolsas.

Mientras almorzaban, el caballero de San Jorge de Alfama, cruz negra en el pecho, le explicó que en la Plaza de los Arcos del Obispo, el Veguer, cuando prendía al criminal, lo presentaba a los ciudadanos preguntándoles: «¿Qué hacemos con él?». Y lo que ellos determinaban, se hacía.

Se trincaba. Los dados saltaban en las mesas.

Leyó en la lápida hebrea de la torre del Temple la inscripción: «En el pozo de mi amigo, yo con mi mano le he dejado esta memoria. Sid Ben Jabdal». Olor de almizcle.

El convento de Santa Clara era nuevo, y tenía una gran fuente en el patio central.

Mujeres emperifolladas, niños mocosos y sucios, hombres, vasallos, siervos, ciudadanos, se apretujaban a lo largo del Collado de San Juan. Los gritos rodaban por los guijarros. De la tavega de la Zuda habían sacado al ladrón para ejecutar sentencia.

Se acercaba el vozarrón del sayón: «¡Quién tal hará, tal pagará!». Pasó el reo, desnudo, desorejado por el verdugo —¡quién tal hará tal pagará!—, montado en burro sarnoso, corrido por la ciudad hasta el Vimpeçol, azotado con látigo de cuerda por el sayón, faldillín de cuero, gambaj y medias moradas, pregonando: «¡Quién tal hará, tal pagará!». El forastero rezó por el desgraciado.

* * *

Sonaban portalones y cancelas con ruido de hierros... La noche... La galera, pájaro libre, con el forastero a bordo, buscaba la mar.

Juan J. Murall Sales



Font: biblioteca.tortosa.cat